

# 1

HISTORIAS DEL  
FARERO DE  
CAVALLERIA

FERRAN  
RAMON-  
CORTÉS

ó



# LO SIENTO

UN VIAJE POR LA COMUNICACIÓN PERSONAL

© 2021 TODOS  
LOS DERECHOS  
RESERVADOS



**M**e llamo Laura, y no conocía la isla de Menorca. La visité por primera vez con mi hija Carla, de doce años, justo al inicio del verano, al terminar la escuela. Había sido un año difícil para nosotras, y pensé que una semana de viaje juntas nos ayudaría. La oferta de Menorca era muy tentadora, así que me decidí. Nos instalamos en un pueblo del interior, “Es Mercadal”, en un pequeño hotel en la calle mayor del mismo pueblo. Llegamos que ya era media tarde, así que aquel primer día no nos planteamos ir a la playa y nos decidimos por una excursión. Me recomendaron visitar el Faro de Cavallería, una opción relativamente cercana desde “Es Mercadal”. Llegamos al faro con el sol todavía alto. Hicimos un largo paseo por el espectacular acantilado, y a la que el sol empezó a bajar, me quedé viendo la puesta. Carla me dijo: “voy a ver el faro”. La dejé hacer, y al terminar la puesta decidí ir a buscarla. No la encontraba por los alrededores del faro. Me acerqué todo lo que pude a la edificación, que estaba protegida por muro de piedra seca, y de repente me pareció oír su voz. Lo entendí enseguida: se había colado saltando la valla y había entrado en el faro. Salté la valla yo también (por suerte había un lugar bastante accesible para hacerlo), y me acerqué. Y allí estaba mi hija, hablando con un hombre mayor, con una larga barba, y aspecto de hombre de mar que pensé que debía de ser el Farero. Muerta de vergüenza me hice notar, y lo primero que oí fue a Carla que me presentó con total naturalidad:

- Esta es mi madre, se llama Laura. Mamá, este es el Farero.

Me disculpé; no sólo Carla sino yo misma me había colado en su casa. El Farero le quitó importancia:

- No te preocupes, estamos teniendo una conversación muy interesante.

Aquel hombre nos cautivó. Tanto que pasamos nuestra semana en Menorca visitándolo a diario. Lo que me propongo hacer es relatar las conversaciones que le oí tener con Carla, y las que tuvo conmigo. Fuimos a Menorca a reencontrarnos Carla y yo, y lo que hicimos fue - además de reencontrarnos- aprender, como nunca antes lo habíamos hecho. Aquel viaje sin duda cambió nuestras vidas. Descubrí la magia de mi hija, y sobretodo aprendí desde los ojos de un niño, cosas que todos los adultos de vez en cuando necesitamos recordar.

Carla se había colado en el faro, y estaba bombardeando al Farero con mil preguntas sobre los faros y cómo funcionaban. Yo me mantenía en un segundo plano, en silencio y expectante. Preparada para actuar en caso de que Carla atosigara demasiado a aquel hombre, que parecía tener una paciencia ilimitada. Tras muchas preguntas, en un momento dado le sugirió subir arriba.

- En unos minutos se encenderá el faro. Quiero que lo veas.

Subimos la escalera de caracol que llevaba a la cabeza del faro, y aparecimos en una sala mágica, en la que un complejo mecanismo de cristales daba vueltas. En pocos minutos, la luz de dentro del mecanismo se encendió, y el faro empezó a hacer su trabajo. Carla estaba emocionada:





- Qué bonito, veo la luz proyectada en el mar... ahora me imagino que estoy navegando en un velero y veo el faro. Y voy a seguir su luz...
- El Farero la dejó en su ensoñación. En un momento dado Carla dijo:
- ¿Sabes? Esto es precioso. Me gustaría compartirlo con Aina, pero no puedo.
- ¿No puedes?
- Es que nos hemos enfadado. Yo sabía que algo le había ocurrido con su íntima amiga. Sin abrir la boca me mantuve discretamente alejada de aquella conversación que sin duda prometía.
- ¿Me cuentas lo que pasó?
- Fue culpa mía, habíamos quedado para volver juntas de la escuela y me olvidé. Me fui con otros amigos...
- ¿Y has hablado con ella?
- Sí, le mandé un mensaje para pedirle perdón, pero no funcionó. No nos desenfadamos.
- ¿Qué le escribiste?
- Que me había despistado, pero que había sido porque ella había salido demasiado tarde...
- Carla, ¿Me acompañas a la cocina?

Bajaron. Yo detrás. El Farero me guiñó un ojo, gesto que yo interpreté como que me decía que sabía que estaba allí pero que le dejase hacer. Llegamos a la cocina. El Farero le preguntó:

- Carla, ¿Te apetece un zumo?
- ¡Sí, por favor!
- Pues te lo voy a hacer. Tengo unas naranjas estupendas... Le preparó el zumo, un gran zumo. Y de repente vi como ponía una pequeña cantidad en un vaso y le añadía agua, una generosa cantidad de agua. Me extrañó, pero no dije nada. Carla lo tomó y empezó a beber. Vi por su cara que notaba algo raro.
- ¿Qué tal el zumo?- le preguntó el Farero.
- Ummmm, no te enfades ¿eh? Pero está muy aguado. No sabe a zumo.
- A que no... pues lo mismo ha ocurrido con tu disculpa. Que no sabía a nada. Carla se quedó extrañada, y enseguida le dijo:
- Me lo vas a tener que explicar...
- Mira Carla, tu disculpa no suena a disculpa, suena más bien a excusa. Le dijiste a Aina que lo sentías, pero que fue porque ella había llegado tarde.
- Es que es verdad
- Quizás, pero lo importante es que tu te despistaste, ¿no?. Pues no busques excusas. Cuando hay algo que no hemos hecho bien, solo necesitamos disculparnos, pero sin excusas. Si no, le estamos echando agua al zumo.
- Ya, pero es que ella también tuvo la culpa.





- Y si es así, solo se dará cuenta si tu no lo utilizas como excusa para justificarte. ¿Verdad que te despistaste? Pues fíjate solo en tu parte de responsabilidad. Es la única manera que tienes de que ella se de cuenta de la suya.
- Pero si lo hago así en el fondo deo que se quede encima.
- Carla, la disculpa es de las personas valientes. Y tu me da en la nariz que lo eres... hay que tener mucho valor para pedir disculpas sin excusarse ni esperar otra disculpa a cambio. Y esto es lo que tu sabrás hacer...
- ¿Y cómo se hace?
- Pues es muy fácil: solo tienes que utilizar dos palabras: Lo siento.

Tras un silencio que nadie rompió, vi que Carla sacaba el móvil, y a la velocidad de la luz (como siempre) tecleó un mensaje. En unos instantes recibió una respuesta. Con una sonrisa en los labios, le enseñó la pantalla al Farero:

“Aina, lo siento. Te dejé colgada”.

“Gracias Carla. Yo tampoco fui muy rápida saliendo”. El Farero fue a buscar un nuevo vaso, y le dijo:

- Aquí tienes tu zumo, te lo has ganado.
- Ahora sí sabe a zumo.

Había anochecido. Nos despedimos. Ya íbamos hacia la puerta cuando Carla me dijo: “Mamá, ¿podremos volver mañana?”. Yo le dije: “se lo tendrás que preguntar a él”.

- Farero, ¿podremos volver mañana?
- Claro, yo de aquí no me muevo.

Subimos al coche para volver al hotel. Como le pasa siempre que ha vivido momentos de excitación, Carla se desconectó y cayó dormida al instante. Yo aproveché para pensar en esa lección del Farero. Porque era para Carla, pero era también para mí. Me impactó darme cuenta de lo malos que somos a veces disculpándonos, de cuántas veces con ella, y también con mis amigos o con mi familia había temido perder la autoridad, y me había disculpado de algo a medias, con excusas. Y de cómo me molestaba que lo hicieran conmigo: me daba cuenta de que una disculpa que sonaba a excusa no me llegaba para nada. Con lo fácil que era poner solo dos palabras: lo siento. Me daba cuenta de cuántas veces había puesto y seguía poniendo agua al zumo...





WWW.LAISLADELOS5FAROS.COM

© 2021 TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

DISEÑO GRAFICO JÚLIA RUIZ